

Unni Lindell

El ángel oscuro
El segundo caso de
la agente Marian Dahle

Traducción del noruego de
Lotte K. Tollefsen

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Nuestra querida hija,
sobrina y nieta

**Hanne Elisabeth
Wismer**

nacida el 3 de enero de 1956

Astrid
Oluf

Rolf
Karin

Abuela

*Aunque te echo de menos,
nada me daña.
Aún llevo conmigo
todo lo que me diste.*

**Funeral en la iglesia de Halden
viernes 29 de septiembre de 1972
a las 13:00**

Sábado, 21 de julio (9:47-10:01)

Los insectos zumbaban en la jardinera de la terraza. Las avispas adoran la sustancia pegajosa que las petunias tienen alrededor de sus corolas aterciopeladas. Arrancó unas hojas marchitas y las dejó caer planeando los siete pisos que las separaban del suelo. Sobre la pequeña mesa de la terraza había una taza de cerámica azul y un platito. Cambió de sitio el tarro de mermelada de fresa y puso un poco de queso francés sobre los panecillos integrales abiertos por la mitad. Las placas de uralita que hacían de barrera con los vecinos crujían. Echó un vistazo a la residencia para mayores del bloque contiguo. Estaba bastante silencioso, no como los días de diario, cuando los coches formaban caravanas en el tráfico de la mañana y un mar de niños, vigilados por sus madres desde las ventanas, colgaban de los columpios armando jaleo.

Antes de salir a la terraza a tomar café, recogería el *Aftenposten* del día del buzón. El cual, desde que su documento de identidad mostraba que estaba más cerca de los 60 que de los 50, estaba lleno casi a diario de publicidad a su nombre. Le decían que urgía utilizar cremas de noche, lociones antiarrugas, vitaminas y soluciones para la incontinencia. También había folletos de viajes con ofertas para ir por el mundo con sus iguales, como si fueran un rebaño. Parecía que las jóvenes de los folletos le gritaban: sé fea y cállate.

Fue a la cocina y se puso los guantes de goma, agarró la bol-

sa de basura y salió al descansillo. La puerta estaba entreabierta tras ella, oscilaba con la corriente de la terraza. Sentía tanta paz, ahora deseaba barrer todo lo malo, como si fuera polvo. Simplemente el hecho de que él hubiera venido, que se hubiera sentado en el sofá verde y la hubiera mirado, que hubiera puesto su mano cálida sobre su brazo y le hubiera dicho que ahora todo iba a ser diferente, hacía que lo espantoso se fuera para siempre. Él le dijo:

–Somos tú y yo, a partir de ahora seremos nosotros.

Apretó el botón del ascensor con la mano enguantada, saboreó las buenas sensaciones. Ayer puso en lejía la vieja vajilla de porcelana, hoy limpiaría las ventanas. Zumbaba el ascensor que se acercaba. Por un momento vio su cara reflejada en la puerta azul del ascensor. En el cristal distinguió profundas arrugas alrededor de su boca.

De pronto, oyó ese sonido. El silbido. Se quedó paralizada, quieta un segundo antes de volver a apretar el botón de forma instintiva. Repentinamente, la letra de la canción estaba en su memoria. El cerebro no era capaz de establecer la conexión. El dolor... No quería...

El agudo sonido subía como un hilo de plata por los pisos. Afilado y frío. *El oso duerme, el oso duerme... en su cálida madriguera.* Retiró la mano bruscamente, y dejó caer la bolsa de la basura. El tufo de flores podridas, posos de café y peladuras de patata emanó de la bolsa rajada. El contenido estaba derramado por el suelo de piedra. Se llevó las manos a la cara. El grito se atascó en su garganta.

(10:01)

La agente de policía Marian Dahle encontró sitio en el aparcamiento de la tienda de muebles. Llegaba temprano. Casi no había gente. Abrió la guantera, sacó una botella de agua, bajó un poco la ventanilla y se volvió hacia el asiento trasero para decirle a Birka que volvería enseguida mientras cogía su desastrado bolso de piel. Salió del coche y cerró de un portazo. Dio un trago rápido a la botella caminando hacia las puertas

de cristal. Oía a la perra ladrar en el coche, dio vueltas con la lengua al agua que tenía en la boca, tragó y enroscó el tapón.

En el interior cogió un carrito y buscó entre las estanterías. Odiaba Ikea. No soportaba ir de compras ni las grandes aglomeraciones de gente, pero era su último sábado libre y necesitaba una mesa de trabajo para su pequeño salón. El lunes volvería al trabajo en la comisaría, en homicidios, donde llevaba cerca de tres meses. Había pasado las vacaciones de verano en la ciudad, haciendo de vez en cuando pequeñas excursiones al campo con la perra. Lo que más le gustaba de la ciudad es que nunca se sentía aislada o sola. En verano las calles de Grünerløkka, donde vivía, estaban animadas día y noche, y los cafés sacaban las mesas y las sillas a las aceras.

No tenía amigos, sólo colegas. Le producía inquietud quedar o tener conversaciones personales, era sensible a las interferencias. Tres semanas antes se sentía agotada. Eran mil cosas, asesinos, idiotas, normas, papeleos, informes, rollos y temas sin parar. Ahora estaba relajada.

Con la ayuda de un empleado consiguió cargar en el carrito un tablero de escritorio en esquina, de madera clara, patas de acero, dos cajoneras, una silla de respaldo alto con ruedas, dos módulos de estantería con archivos, clasificadores y un protector de piel negra para la mesa. También pilló una cama nueva para Birka. Una cama morada con aspecto de tumbona. Era un poco ridícula, pero ésa era la gracia.

Arrastró el carro sobrecargado por la tienda, hacia la caja. Se iba hacia un lado cuando lo empujaba. Paró de golpe. Cato Isaksen estaba a cinco metros de ella. Estaba de espaldas y descargaba de una estantería muebles de jardín, de madera y metal. Marian miró fijamente a su jefe y sintió una repentina necesidad de echar a correr y de hacerlo antes de que él viera el efecto que tenía sobre ella. Retrocedió con el pesado carro poniéndose a cubierto tras una estantería llena de utensilios de cocina. Le observaba entre dos bandejas de cristal azul. A Cato Isaksen le costaba subir al carro los largos paquetes planos de los muebles. Su hijo iba con él. El niño rubio saltaba de un lado a otro y daba golpes a expositores de felpudos y macetas. Llevaba desatado uno de los cordones, que se le enredaba alrededor del tobillo.

Cato Isaksen parecía diferente en este entorno, ahora veía que tenía dos maneras de ser. Había un campo de energía a su alrededor, recargaba a los demás. Cuando hablaba, todos le miraban. Tenía fuerza intelectual y sexual, aunque ella prefería redefinir esta última como energía vital.

Por un momento, de golpe se sintió en el mismo estado anímico de antes de las vacaciones de verano. Marian comprendía que el afán de tener que superar a Cato Isaksen, en realidad, tenía su origen en lo contrario, en que se sentía inferior. En pocas palabras: se trataba de angustia por una posible tragedia, aprendizaje de guerra y lucha con los enemigos. Recordó de pronto lo que escribió su psicólogo después de la catástrofe de sus 16 años. *Un posible tratamiento no debe basarse en cosas que puedan recordarle las destructivas circunstancias familiares de las que viene. Es intuitiva, sensible y una aguda observadora. Descubre de prisa toda clase de fingimientos, también los suyos propios.*

No paró hasta volver a estar en la sección de muebles de oficina. El intenso olor a cuero, madera y cartón la aturdió. Había acabado harta de enviar citaciones a testigos; tener un puesto en el equipo de Cato Isaksen era emocionante, un reto del que aprendía mucho. Deseaba trabajar con personas que estaban al límite de algo, que habían ido demasiado lejos. Era buena juntando piezas, piezas tácticas. Creció teniendo que estar constantemente vigilante, adelantándose siempre a lo que pudiera ocurrir. Había desarrollado un esquema de pensamiento negativo, que desencadenaba posibles secuencias de hechos destructivos. En realidad, la diferencia con los asesinos y asesinas con los que trabajaba no era muy grande, pensó apretando su estómago contra el carro. Se hizo policía para no ir demasiado lejos ella misma.

(10:03)

Su respiración cambió de ritmo. Su cabeza zumbaba, como si tuviera dentro un ventilador a toda velocidad. Las imágenes del pasado aparecían todo el tiempo en cortos fognazos. La

torturaban: la habitación calurosa, el sendero del bosque, los sonidos de la casa desconocida, callar.

El guante de goma amarillo brillaba en el estrecho cristal del ascensor. Dividía la imagen en dos, mientras el detestable sonido continuaba: *Él no es malvado si andas con cuidado. El oso duerme, el oso duerme en su cálida madriguera.*

Él no podía estar aquí, en su portal. Dio la vuelta y anduvo torpemente los dos pasos que la separaban de la barandilla de acero, se inclinó todo lo que pudo sobre ella. La barandilla bajaba girando y girando. En el piso inferior un haz de luz cruzaba el descansillo. Vio la mano y el antebrazo peludo muy abajo. Por un momento el ancho cuello y la cabeza entraron en su campo de visión. Abajo del todo estaba el suelo del sótano, una dura superficie de pavimento gris.

Se asustó del sonido del ascensor al llegar, como si despertara de una anestesia. La rugosa ventana de rejilla del descansillo estaba entreabierta. Dejaba pasar una corriente de aire veraniego junto con los trinos de los pájaros posados fuera, en el alféizar. Los sonidos se mezclaban. Los muros, las escaleras de piedra y el metal de la barandilla intensificaban el silbido. Pero repentinamente todo quedó en silencio. Un nuevo chasquido del ascensor hizo que se encogiera. Volvía a bajar.

Huyó al interior del piso, pero dejó la puerta abierta tras ella, para poder volver a salir. En la cocina se arrancó el guante de goma y lo tiró al suelo. Abrió la puerta de la nevera y sacó la jarra de cristal con agua fría. Bebió directamente de ella, con ansia. Por la rendija de la ventana sonaban cada vez más altos los pitidos de los pájaros. El agua cayó por la comisura de sus labios y mojó la blusa a la altura de los pechos. De la tela subió un suave olor a perfume. Había luchado para pasar invierno tras invierno. La intranquilidad y los reproches. La doble huella sobre la que vivía le robaba la vida. Ojalá hubiera podido hacer retroceder la película y volver a empezar...

De pronto, vio la nota prendida de la puerta de la nevera bajo el pequeño imán con forma de corazón. «Acuérdate de olvidar», decía. Cerró los ojos. La sangre latía en las venas de su cuello. Volvió a abrir los ojos y se dio a sí misma órdenes cortas y precisas. «¡Ésta es una mañana de verano perfectamente nor-

mal! ¡Vuelve a salir, no es él! Es tu imaginación la que manda en tu vida y hace que estés sentada aquí en las alturas, noche tras noche, en la pequeña terraza, con la cabeza en las nubes. Pensando.»

Salió dubitativa al descansillo otra vez. Se arrodilló y devolvió la basura al interior de la bolsa. La cerró con un nudo. Las sombras llegaron arrastrándose por los muros blancos. Se alternaban oscuras y más oscuras aún. La corriente cerró de golpe la puerta del piso con un agudo estruendo. Se hizo un silencio total. Un doble silencio descansaba sobre el sonido que acababa de abandonar la escena.

(11:55)

Las paredes se movían. Lilly Rudeck notó el fuerte y penetrante olor a orina en la pequeña cabina. Dio la vuelta, se puso de rodillas sobre la tapa del inodoro y miró rápidamente por el pequeño y sucio ventanuco de ventilación. Una autocaravana estaba parada con el motor en marcha junto a la caseta de la recepción.

Ella vivía en una sección de las instalaciones de duchas y lavadero. Era una construcción de madera pintada de marrón situada en un extremo del camping, al inicio del bosque. La casa estaba montada sobre pilares de piedra. Rodeando las planchas de piedra, frente a la puerta, se abrían camino hojas ásperas y otras malas hierbas. Las casetas de camping se estiraban en fila hacia la playa. Eran diez en total y su trabajo consistía en limpiarlas todas.

Aquella noche los silbidos habían vuelto a despertarla. La sensación estaba adherida a su estómago como una garra. Los tres últimos días pasó la hora del almuerzo en el aseo de señoras.

La primera noche que descubrió la sombra se encontraba completamente abstraída combinando ropa: ensimismada con un vestido rojo que iría a juego con unos zapatos rojos. Creyó que había dormido, y despertado. Pero no estaba segura. Se encontraba en el límite entre el sueño y la vigilia cuando, de pronto, descubrió los ojos. La miraban fijamente tras la rejilla que

cubría la ventilación del techo. Una sombra estrecha y alargada se movía sobre el rostro desconocido.

Recordaba las láminas de una persiana.

En las paredes zumbaba la red de tuberías. Los paneles de falso mármol tenían grietas aquí y allá. Sostenía una botella de refresco en una mano, dio un trago y puso la boca sobre el antebrazo bronceado. Cubierto de una corta pelusa clara, muy visible bajo la blanca luz de interior.

Vio al motorista hablar con los recién llegados por la ventanilla del coche. Ahora salía Ewald Hjertnes para asignarles un sitio a los nuevos. Llevaba el torso descubierto y se pasaba una mano por el pelo canoso. Solía quedarse sentado en la cabaña de la entrada, bebiendo café recalentado y fumando. Pensó que la autocaravana tendría problemas para pasar entre las tiendas de campaña y las caravanas. Porque estaban muy juntas.

Le dolían las rodillas. Pasó el hombre de la barba y la guitarra. Se agachó rápidamente. Los aseos de caballeros estaban pared con pared con los de señoras. El hombre de la guitarra vivía solo en la tienda más cercana al bosque. Por la noche cantaba bajito a la puerta de su tienda. Llevaba una cruz colgada del cuello y estaba completamente solo.

Lunes, 23 de julio (8:31)

El inspector de policía Cato Isaksen se abrochaba, torpemente con una mano, la camisa camino del garaje. La urbanización de Frydendal, en Asker, estaba bañada por el sol. Las malas hierbas de las cunetas, junto a la hilera de garajes, crecían altas. Las margaritas, los tréboles rojos y la paja amarilla competían por el espacio. Todo brotó salvajemente las tres semanas que estuvo fuera. Era el primer día de trabajo después de las vacaciones. La fila de adosados aún estaba vacía de gente. Bente y sus dos hijos mayores seguían en la casita de vacaciones, podía trabajar sin mala conciencia. Lo habían pasado tan bien este verano, preparando buenas comidas en la barbacoa y bebiendo vino blanco a la orilla del mar. Bente hacía unas ensaladas fantásticas, con nueces, melocotón y hojas de hierbas frescas.

Cato Isaksen salió en coche de la urbanización y siguió hacia la E18. Bajó un poco la ventanilla, sintió el impacto del aire fresco y los humos contra su rostro. Se miró en el retrovisor, bostezó y se pasó la mano rápidamente por los ojos. Tenía un aspecto bronceado y animado, pero debería haberse afeitado.

Esa tarde pasaría por Maxbo, de vuelta a casa del trabajo, para comprar unas cuantas tablas barnizadas. Iba a reemplazar algunas que estaban podridas y montar una pequeña cerca en torno a la terraza. Y poner jardineras alrededor. Llenarlas con tierra y petunias. Rojas y moradas, mezcladas. Bente se pondría contenta. Había comprado muebles nuevos para el jardín, más modernos. Tiraría los de madera, medio podridos, que Bente lijaba y pintaba de azul campanilla cada primavera.

Había vuelto a casa con Bente y sus hijos Gard y Vetle, tras su escapada con Sigrid, con quien tuvo al más pequeño, Georg, de 7 años. Ayer lo había llevado de vuelta con Sigrid.

De repente, sintió que también tenía ganas de volver a encontrarse con sus compañeros. Con todos, salvo con Marian Dahle. Su estómago se contraía sólo con pensar en ella. La habían contratado la pasada primavera, mientras Cato Isaksen estaba de baja unos días. De pronto, la veía frente a él con su cara plana y el pelo negro. Había sido adoptada en Corea, y era a la vez introvertida y pesada. Venía de la sección de orden público donde había trabajado en citaciones. Sintió un dolor en la sien izquierda. La comisaria Ingeborg Myklebust fue inusualmente blanda antes del verano, dejando que Dahle se presentara en el trabajo con su perra. Era cierto que se había mostrado competente en la investigación del asesinato en las afueras de Høvik, a principios de verano, pero la perra era una señal de cómo abusaba, pensó parando ante un semáforo en rojo. Asle Tengs, el veterano del equipo, había pasado el verano en Francia. Y ayer habló con Roger Høibakk por teléfono. Randi Johansen le mandó una postal de Copenhague, visitaba el parque de atracciones con su marido y su hija. No tenía noticias de Tony Hansen. Sentía cierta expectación ante la idea de volver a encontrarse con la inspectora de escenarios del crimen Ellen Grue.

El aire de verano entraba caliente por la rendija de la ventanilla. Puso el intermitente a la izquierda y cruzó sobre el gran

paso elevado de la Estación Central de Oslo. Volvió a echarse una mirada en el retrovisor.

–Cincuentón y desilusionado –murmuró, pero casi al momento se echó a reír alegremente. Ellen era muy capaz y bella, con su cabello oscuro y los labios rojos. Aunque ya hacía unos años que habían tenido una relación, aún no se relajaba cuando estaban en la misma habitación. Se casó con un abogado bien situado, mayor. Ahora estaba embarazada, en realidad era un alivio. No debería rebajarse a dedicarle ni un solo pensamiento.

La comisaría apareció frente a él. El sol se reflejaba en las grandes fachadas acristaladas. Junto a la entrada principal, en las jardineras, crecían abigarrados racimos de rosas. Por un instante sintió una gran expectación, pero disminuyó nada más pensar que, por supuesto, le esperaban montones de informes y documentos de varios metros de altura. Se acumulaban en cuanto uno estaba ausente un día o dos. Y ahora iban a llegar, otra vez, nuevas directivas. Al bajar al aparcamiento, tuvo de nuevo la misma sensación de cuando era niño y empezaba el colegio tras las vacaciones. Giró para entrar en su plaza, apagó el motor y salió del coche. El de la comisaria Ingeborg Myklebust ocupaba la plaza contigua a la suya. Era extraño lo desconocido que resultaba todo en cuanto te ausentabas una temporada. Esperaba de verdad no tener que empezar la rutina discutiendo por el maldito bicho de Marian Dahle otra vez.

(8:57)

Se dejaba caer edificio abajo en el ascensor. Habían pasado dos días desde que oyó el silbido. Llevaba dos coloridas alfombrillas apretadas contra el pecho, una bolsa de plástico con el detergente en una mano y las llaves del lavadero en la otra. Las alfombrillas no estaban realmente sucias, pero la última vez que las sacudió estaban llenas de arena y partículas de polvo. Pasó todo el domingo con las puertas de la entrada y de la terraza cerradas. Pensó en los dos. En todo. Se miró en el espejo sintiendo que no tenía columna vertebral, ni cuerpo, que su rostro había cambiado por otro.

Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando el ascensor se detuvo de golpe. Estaba abajo, abrió la puerta empujando con la espalda, paró un momento y escuchó. Medía los sonidos. Comprobó que en las profundidades del bloque reinaba el silencio de una tumba. Normalmente niños de todas las edades entraban y salían del portal matando el tiempo o esperando a que sus padres volvieran del trabajo. Pero ahora el silencio era total. Buscó a tientas el interruptor y, cuando lo encontró, le dio con el codo. Partículas que flotaban en el aire gris del sótano irritaban su nariz. La luz brillaba en dos bombillas del techo. Las bastas paredes estaban pintadas de blanco, el suelo era gris y polvoriento. Junto a la pared había dos latas de pintura vacías.

La melodía era una casualidad. Sucedió que estaba tan acostumbrada a la oscuridad y al dolor que, cuando por fin volvía a sentir alegría, era incapaz de relajarse. Fueron tantos inviernos...

Había perdido gran parte de su vida. Desapareció, tan irrevocablemente como una piedra lanzada entre la alta hierba de un prado. Ahora todo iría bien. Aun así, la angustia la seguía como la cola de un vestido mientras recorría el pasillo del sótano. Le costó meter la llave en la cerradura. Por fin pudo. Dentro, abrió las manos y dejó caer las alfombrillas sobre el suelo pintado. Soltó la llave en el bolsillo del delantal. Un rayo de sol entraba por la ventana del sótano e iluminaba las partículas de polvo que bailaban sobre las alfombrillas. Las lavadoras tenían bocas de grandes depredadores.

Por la rejilla de la ventilación abierta escuchó el ruido de un motor que arrancaba. Puso la bolsa con el detergente sobre la encimera de formica, levantó la mano y dejó que sus dedos se deslizaran por el collar de piedra verde que rodeaba su cuello. A través de la ventana del sótano vio una raya de cielo azul. Miró fijamente el color del cielo y sintió un vacío infinito y repentino.

Tuvo una instantánea sensación de *déjà vu*, fragmentada y fría. Era tan desagradable que no quería fijarse en su mente. En el aire flotaba un dulce olor a detergente. Por la mañana había limpiado el espejo del baño, porque al peinarse vio la superficie llena de motitas de dentífrico. Parecía que tenía estrellas blancas diseminadas por el rostro. Y vio que era bella. Sentía

angustia ante el vacío de la luz limpia, porque al fin y al cabo había una forma de seguridad en la oscuridad conocida. Era una costumbre, tan familiar como la sangre que corría por sus venas. Con la llegada de las golondrinas en verano y su marcha en otoño, sabía que todo era como antes. Que la máquina del tiempo no se quedaría sin electricidad. Pero ahora todo había cambiado. Ahora su vida daría un vuelco.

Empujó cada alfombrilla al interior de una lavadora. Cerró las puertas y buscó el envase del detergente. Dosificó el polvo en el cajetín del lateral y apretó el botón de inicio. Dando una palmadita al cuerpo azul metalizado de una de ellas, puso encima la caja del detergente.

Descubrió de pronto una colonia de arañas en un rincón del techo, en una fina telaraña. Buscó la fregona y estaba a punto de hurgar en la telaraña cuando notó que algo estaba mal. En una décima de segundo intuyó que no era la distancia, sino la cercanía del recuerdo lo que le daba miedo. Sencillamente lo sabía. Era un movimiento, otro sonido. Junto a la puerta, tras el zumbido de las máquinas.

(9:03-9:05)

La bóxer marrón oscuro y jaspeado esperaba expectante al final del pasillo cuando se abrió la puerta del ascensor y salió Cato Isaksen. Paró de golpe lanzando a la perra una mirada maligna. Tenía las patas separadas y la cabeza baja mientras observaba al inspector. En el momento en que le reconoció, explotó de alegría, dio unos ladridos altos y agudos, y saltó feliz hacia él meneando la cola como un látigo. Cuando le alcanzó se frotó babosa y feliz contra sus rodillas. Cato Isaksen intentó apartarla con decisión. Maldijo irritado.

—Hola, Cato. ¿Has tenido unas buenas vacaciones? —la comisaria Ingeborg Myklebust apareció de improviso en la puerta del archivo con una carpeta en una mano y el móvil en la otra. Estaba radiante con un top y pantalones blancos. Aparentaba menos de sus 53 años.

—Todo como siempre, por lo que veo —empujó a la perra, que

meneaba la cola, con un significativo gesto de su pierna—. Lo he pasado bien —contestó seco—, ¿y tú?

—He estado aquí todo el mes de julio, ya sabes. Me voy a las Maldivas en diciembre. Por cierto, mi despacho de la esquina, el grande, queda libre. Quería esperar a que volvieras para hacer algo al respecto —continuó sonriente mientras se abanicaba con la carpeta—. Es que me mudo al piso de arriba. No sé qué será mejor: si que te lo quedes tú o que lo compartan entre dos o tres del equipo. Lo decides tú, Cato. El sol entra por todas partes, así que casi hace demasiado calor en esta época del año. Pero hay persianas. Eso sí, pensaba llevarme las cortinas rojas. Supongo que no te interesan, en cualquier caso.

—No, cortinas...

—Seguro que has tenido unas vacaciones estupendas. Estás morenísimo y tienes muy buen aspecto, como una estrella de cine.

—Estrella de cine —rió. La perra se había sentado muy cerca de él y apoyaba su gran cabeza en su muslo—. Sí, bueno, gracias, pero...

El móvil sonó en la mano de Ingeborg Myklebust. Apretó el botón verde y lo acercó a su oreja.

—Comisaria Myklebust —dijo alegremente y se dio la vuelta.

Cato Isaksen saludó brevemente con la cabeza y siguió por el pasillo. Birka se puso de pie, estiró la espalda y correteó tras él.

Marian Dahle apareció de pronto en el pasillo. Metió las manos en los bolsillos.

—¿Ya estás de vuelta?

Pensó que tenía 32 años pero aparentaba 18. Tres semanas fuera no habían cambiado nada. Sabía que había tenido vacaciones a la vez que él, pero no le dio la gana de preguntarle dónde había estado ni si había viajado o se había quedado en la ciudad.

—Sí, tú también, por lo que veo —no había ninguna duda de que las expresiones faciales eran contagiosas. En algún lugar leyó que los músculos reaccionaban instantáneamente ante una sonrisa o un gesto agrio del interlocutor—. La perra está en buena forma, ¿no?